

Manifiesto sobre la in-movilidad

Por Wendoline Robles

En una conferencia dictada por Steve Paxton para la Fundación para las artes “Culturgest” en marzo de 2019, el coreógrafo de 80 años, expresó su entusiasmo por la observación del constante reajuste del esqueleto cuando se está en posición erguida. Apoyado con la proyección audiovisual de un esqueleto virtual -tomado de una persona aparentemente estática, sostenida sobre las plantas de sus pies-, mostró a la audiencia cómo éste, observado en perspectiva transversal desde su inferior, realizaba todo el tiempo un cadencioso reajuste. Mientras balanceaba sutilmente el peso entre una pierna y otra, toda su estructura: los isquiones, el coxis, y el resto de la columna y las extremidades, era visiblemente afectada bajo la más minúscula de las solicitudes. Dado que estas estructuras guían el peso y dirigen la postura, Paxton explicó que no por casualidad se encuentran ubicadas debajo del centro de masas -es decir, del intestino y la vejiga-, órganos cargados de fluidos y materia acuosa, que funcionan como una base pesada sumamente móvil.

Sus observaciones me llevaron a cuestionar si existe entonces algo como la inmovilidad, y no fue sino en la búsqueda de esta respuesta, que formulé una vaga certeza: “Nunca nadie ha conocido la inmovilidad”.

Nunca nadie ha conocido la inmovilidad porque para experimentarla, antes tendría que morir. Incluso tras el último latido del corazón, el cerebro, la piel, los músculos y la voz, reúnen sus últimos bríos antes de abandonarse a la descomposición. Y aún en la descomposición comienzan otros ciclos de movimiento.

Lo más próximo a la inmovilidad tras la muerte, es un proceso que dura tan sólo veinticuatro horas; se le conoce como *rigor mortis* y sucede cuando la circulación sanguínea se ha detenido, la vejiga y los intestinos se han vaciado, los músculos se han relajado, y la piel se ha quedado rígida y cerosa. La sangre,

estancada en las partes bajas del cuerpo, ha formado una mancha de color púrpura oscuro llamada lividez; las manos y los pies se han tornado azules, y los ojos han comenzado a hundirse hacia el interior del cráneo.

Después de este tiempo, de este vaciamiento, de esta exhalación de la voluntad, la descomposición continuará hasta que no quede nada excepto los restos óseos. Debo enunciar entonces, que mientras haya carne no conoceremos algo como la inmovilidad, pues desde el más remoto de nuestros inicios, fuimos movimiento. El movimiento no cede ante nosotros, nosotros cedemos ante él.

Si hoy nos suscribo como seres condenados al movimiento, no lo hago por cierta devoción que le guardo a la danza. No y sí. Lo hago porque aun cuando no bailo, aun cuando mi cuerpo no está en la incesante búsqueda de sí mismo en el tiempo y el espacio, sigo experimentando la infinitud del movimiento de mis pensamientos, de mis afectos, de mis memorias, de mi respiración, de mi pulso, de mis fluidos. Y es que también, a través de ellos, y sólo a través de ellos, cuando se tornan lánguidos y silentes, puedo a veces experimentar una suerte de *rigor mortis* en vida, una especie de parálisis. Mi cuerpo atravesado por el miedo.

Me retracto entonces. Si conocemos algo como el miedo, entonces conocemos algo como la inmovilidad.

Parálisis, miedo, inmovilidad, muerte.

Sólo el miedo y la muerte pueden paralizarnos. Y así también, me atrevería a afirmar que el miedo es más paralizante que la muerte, pues ni siquiera un cuerpo en descomposición está más quieto que un cuerpo sometido al temor.

El sometimiento de los cuerpos los hace gobernables, regulables; es un ejercicio de vigilancia que pone en evidencia el potencial mortífero de lo normalizante. Ajustar los cuerpos a un modelo que dispone y moldea sin cesar los tránsitos y devenires, es anular la capacidad de escucha, de adaptación y de respuesta del cuerpo a su propio contexto, es anular su libertad, su soberanía, su emancipación.

Ser bailarina me ha conducido a asumirme como un cuerpo disidente, un cuerpo anarquista, un cuerpo revolucionario. Como bailarina, eso es lo que soy. Una afirmación de la vida, a partir del reconocimiento de la muerte, de la negación de la quietud. Y no me pronuncio en contra de ese estado de quietud que se logra mediante la aceptación de las fuerzas mínimas que me mantienen presente, sino de la quietud impostada, de la dictadura del orden y el silencio, de la homogeneización que regula mis velocidades, mis intensidades y mis direcciones; que clausura mis necesidades, mi potencial creador y mi libido. Sálvese quien pueda.

El manifiesto que hoy emito, lo realizo desde mi infatigable curiosidad por el cuerpo, desde la experiencia en el aula, a solas, y últimamente en silencio y aparente quietud. Este viaje del cuerpo a la danza, y de la danza a lo político, lo encuentro a partir de la búsqueda de una alineación despierta, funcional, que me ayude a estar dispuesta a las eventualidades. Proviene de la alineación de mis plantas sobre la duela, sin calzado, en resonancia con ese otro cuerpo que es el suelo. Surge del reconocimiento de esta mutua conexión infinita y expansiva.

Cuando mi esqueleto busca alinearse, apunta hacia diversas direcciones geométricamente claras y definidas que puedo reconocer con facilidad; sin embargo, al término de mi dedo -la última punta de mi geometría corporal- siempre hay algo sobre lo que no tengo control, una fuerza oculta que no me pertenece. Esta dimensión invisible me acompaña en la imaginación, no me puedo dissociar de ella, estamos en constante diálogo. Y por ello puedo decir que no es un evento, sino un principio. Un fantasma que está condenado a repetirse indefinidamente.

Por lo tanto, reitero, no existe una alineación estática, lo que vemos en realidad es una ilusión de eje, de inmovilidad. No hay tal verticalidad marcial, impoluta y perfecta, sino el intento paradójico de contener lo incontenible, y sin lo cual no existiría un equilibrio. Ese totalitarismo impuesto que llamamos equilibrio, está sustentado en el desequilibrio que intenta ocultar tras de sí, un conjunto de fuerzas desidentificadoras, que no terminan de ajustarse nunca.

El equilibrio es quiasmático, un entrecruzamiento de fuerzas visibles e invisibles. Es el cuerpo en continua espiral, atravesado por la experiencia percibida a través de todos sus sentidos. Es el encuentro con el mundo no ideal.

Toda voluntad de equilibrio parte entonces, del reconocimiento de un flujo incesante donde una y otra vez, las coordenadas se reestablecen. Lo podemos ver en sus cualidades multi-vectoriales, indisociables del tiempo y el espacio. Lo podemos ver porque todo lo que fluye responde, re-acciona, re-encuentra, re-ubica y re-direcciona.

Sucede entonces, que en la ilusión de la verticalidad existe un orden fascista que obliga a un cuerpo a erguirse sin titubear en dirección del cielo. La lógica de la verticalidad pertenece a un precepto fijo, a la acción unívoca de un vector que se dirige hacia arriba, rechazando el abajo, la masa, el peso. En ella reside la ambición de elevarse sobre lo terreno, de someterlo a la verdad dominante que flota allá arriba, a lo universal, a la razón del vigía nocturno, que todo mira y todo juzga.

Si hoy me pronuncio a favor del movimiento, lo hago porque en la posible horizontalidad de los ejes encuentro seres libres y dinámicos. Porque incluso en aquél espejismo vertical, cuando se eleva autónomo y sin restricciones, reside la suavidad, la fluidez y la capacidad de cambio. Porque fluir es asumirse multi-vectorial, y hacerse de la capacidad de responder, re-accionar, re-encontrar, re-ubicar, re-direccionar el rumbo hasta el cansancio. Y porque hoy más que nunca, estoy convencida de que todo cambia; en un nivel microscópico todo está cambiando.

Yo me pronuncio en contra de todo estatismo como recurso institucional que promueve el silenciamiento.

Yo me pronuncio a favor del movimiento como un detonador de la disidencia, la crítica y el devenir de la conciencia.

Yo me pronuncio en contra del movimiento demasiado regulado, supervisado, que imita patrones y se despoja de su autenticidad.

Yo me pronuncio a favor del movimiento constante, del reajuste y el desequilibrio, de la multivectorialidad de las fuerzas que atraviesan el cuerpo, de la gestión de un equilibrio basado en el incesante, y a veces imperceptible, flujo cinético.

Yo me pronuncio en contra del bloqueo, de la supresión de la memoria, de los mecanismos de identidad, de lo mayoritario, de la milicia.

Yo me pronuncio a favor de la autopoiesis, de la vulnerabilidad y de la sensación.

Yo me pronuncio en contra de los márgenes definitorios, del esencialismo y de lo estable.

Yo me pronuncio a favor de la inestabilidad, de la transformación y de la conmoción

Commotionis... sacudida

Commovere... poner en movimiento